



Editor-propietario: GREGORIO ESTRADA.

Dirección y Administración: Doctor Fourquet, 7, Madrid.

Directora: JOAQUINA BALMASEDA

No XXXVI | Se reciben anuncios españoles y extranjeros en esta Administración.

Madrid 2 Octubre 1886

Administración en Madrid, calle del Doctor Fourquet, 7.

Número 37



2879

1 Vestido de faya negra

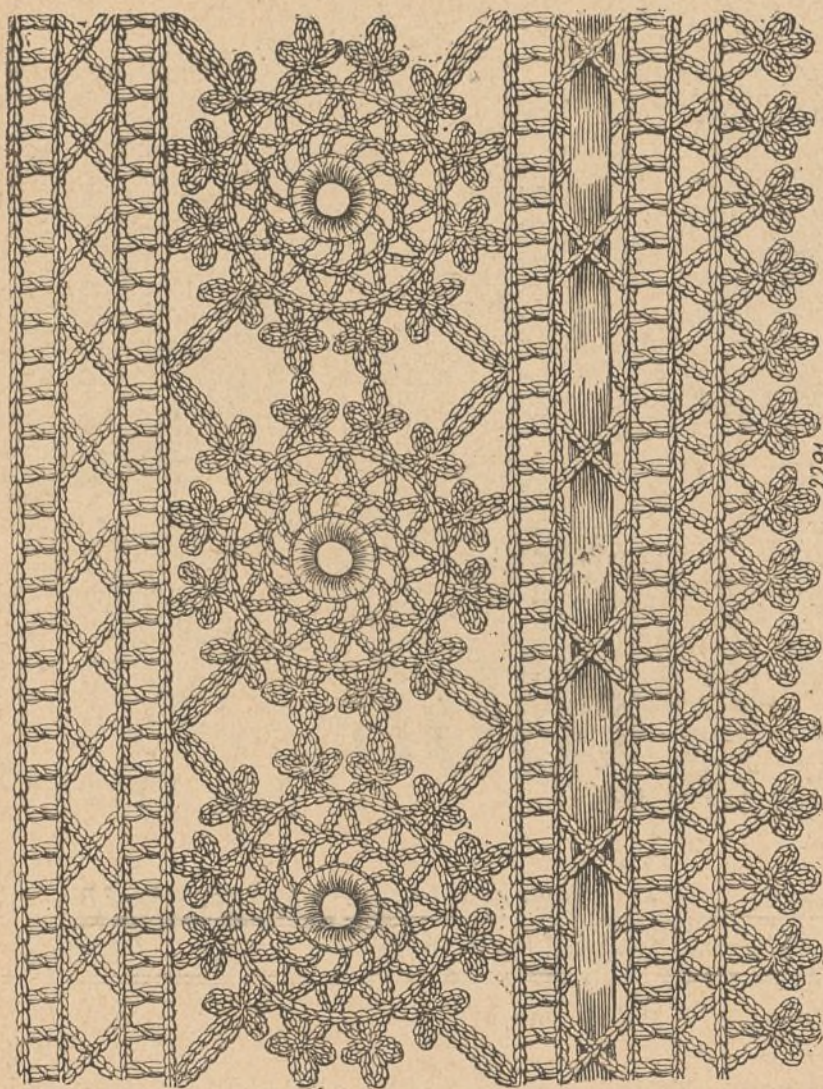
1 A 3 VESTIDOS DE ENTRETIMIENTO (Véase números 32 á 34)

2 Vestido de lana gris lisa y rayada

3 Vestido de faya nátria y surah brochado

Ayuntamiento de Madrid





4 Entredós de crochet para escote de camisa

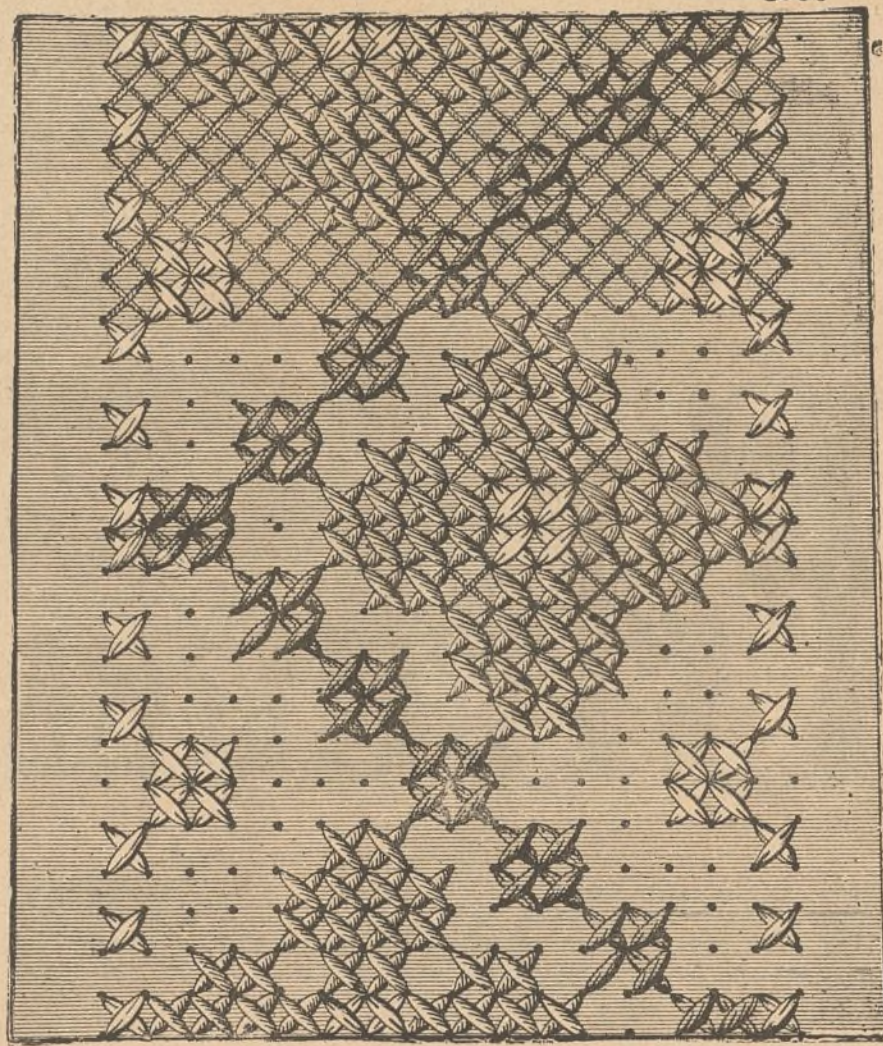
## REVISTA DE MODAS.

Como el *tourista*, después de admirar ciudades y monumentos, tiene en su mente una confusión de ideas que no acierta a fijar y una fascinación en los sentidos que no le permite la elección de asunto ni la calma de la descripción, así se encuentra mi pobre cabeza después de haber admirado los múltiples géneros de la estación, nunca tan numerosos ni tan variados. Pasaron aquellos tiempos en que la moda imponía cierta uniformidad en telas y hechuras, y las señoras apenas tenían en qué elegir.... Hoy la moda se ha transformado de rutina en arte, y los fabricantes, rivalizando entre sí, ofrecen en cada nueva estación tantos y tan variados estilos, que no se sabe cuál preferir.

Esta reflexión ocurríame ante la brillante exposición de géneros que la casa de Aguado (Cármén, 3), recientemente ensanchada y restaurada, ofrecía á mi escrupulosa investigación, que como todos los años, práctico en provecho de mis buenas lectoras. Tratando de ordenar algo mis ideas, diré que destaca como rasgo principal la peluche sola ó combinada con faya ó con lana en un solo tono ó en varios, pero aún dentro de esto, admiranse numerosas variedades, porque junto á una raya ancha, majestuosa, sobre fondo de seda otomana, y ambas de un solo color, se ve una monada de rayas menudas de diferentes colores, género escocés, sobre fondo de lana, y otras pequeñísimas formando cuadro, que harán deliciosos vestidos de combinación. Sobre fondo leonado, ó pan quemado, hay rayas jaspeadas con oro, que son de resultado encantador; y gris y grana, que con una falda de Biarritz gris, será una túnica distinguida. Porque en medio de las variedades de tejidos lisos, que este año como los anteriores, han venido para

hacer juego con las telas de dibujo, destaca el Biarritz como novedad; género de cordoncillo un tanto marcado, y que constituye la verdadera otomana de lana. El escocés, muy significado por la moda, ofrece tejidos de cuadros en tonos severos, y con los cuadros al hilo ó al biés, para que se presten mejor á todas las hechuras.

En el género bouclé, especie de astrakan de finura extraordinaria, ha venido la novedad de sortijas ó rizo grande y pequeño, ambos en un mismo tejido, haciendo un dibujo de mucho gusto, y peluche lisa para abrigos de precio de una belleza superior al terciopelo; la he admirado nítida, que casi se confunde con esta piel, y gris ó mordoré, llamadas á representar gran papel en el mundo de la elegancia, porque allí mismo, al lado de las telas, pude contemplar los modelos de abrigo en que han de emplearse, y no hay nada más allá en gusto y elegancia. Figuraos una manteleta con mangas visita y pliegues en la aldeta desde el talle, toda de peluche, con las puntas de adelante no muy largas y recogidas con grandes pasamanerías, que concluyen en madroños gruesos de la misma peluche ó de pasamanería y cristal. ¡Es rico y nuevo! Había sobre



5 Tira bordada á la cruz

breros, que darán el cuadro completo de las modas de la estación.

JOAQUINA BALMASEDA.

## EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

## 1 Á 3. VESTIDOS DE ENTRETIEPO.

1. *Vestido de faya negra.* — Falda redonda, adornada de galones perlados, y túnica plegada, formando tabla lisa á la derecha y drapeada en concha á la izquierda. Cuerpo cruzado en biés, abierto sobre plaston plegado, cruzados los delanteros, adornado el de encima de galon perlado y de botones el de abajo: cuello y puños de galon perlado. Sombrero redondo de fieltro con cinta de faya y plumas.

2. *Vestido de lana gris lisa y rayada.* — Falda plegada, con túnica recogida de un lado y vuelta en solapa de tela rayada; pouf drapeado de las dos telas. Cuerpo de peto, abierto sobre chaleco de surah azul, con cuello de terciopelo y echarpe de surah, que cruza á sujetarse en el talle con un motivo de pasamanería. Cuello y puños de terciopelo azul. Sombrero redondo, adornado de terciopelo azul y plumas grises.

3. *Vestido de faya y surah.* — Falda de surah azul, moteado de lunares nítida, túnica de faya de este color, recogida en delantal, muy corto, quilla plegada y drapeado por detrás, todo en faya nítida: cuerpo cruzado de la misma faya, abierto sobre plaston de surah, con cuello del mismo, bordado el delantero izquierdo de cristal mordoré. Cuello y vueltas de manga de surah azul.

## 4. ENTREDÓS DE CROCHET PARA ESCOTE DE CAMISA.

Cada estrella que compone el centro del entredós se hace separada, uniéndose unas á otras por la última vuelta de hojas; comiéndose cada una por el centro por un círculo de 7 puntos cubierto de barras, otra vuelta de 3 puntos de cadeneta

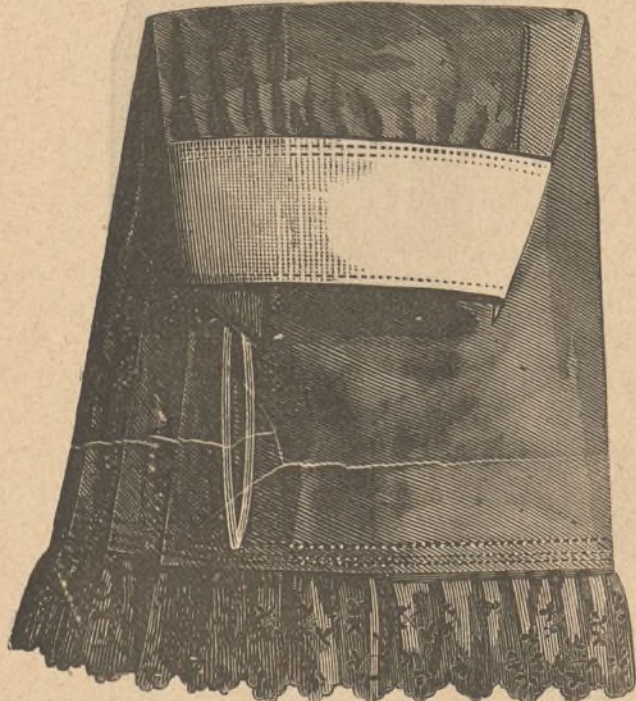


6 Ramo bordado en paño

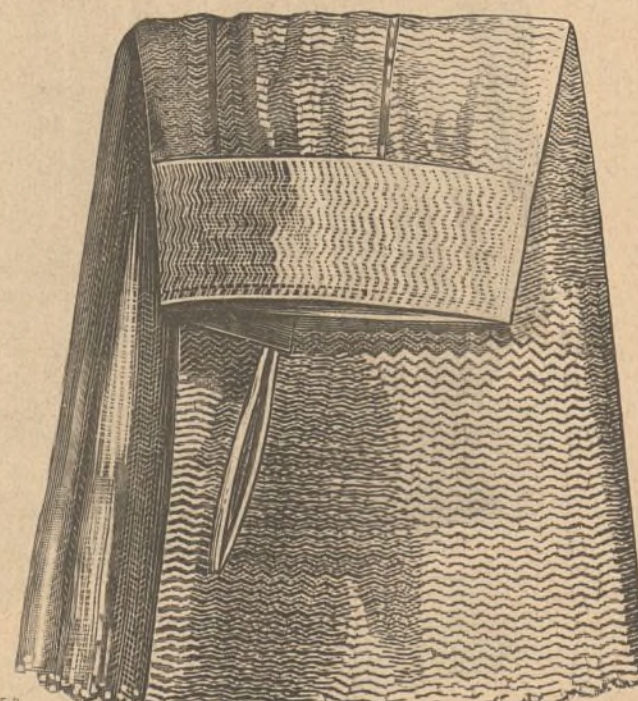
todo un abrigo de estos en peluche gris, con cuello y vueltas de manga de terciopelo nítida, y toda la pasamanería de bolas de este color con cuentas mordoré, que después de guarnecer el borde de atrás, sujetan las puntas. No por esto han dejado de venir abrigos largos, tan largos, que cubren el vestido, uno en bouclé, otros en sargas y vigonías, y otros, por fin, en peluche y en brochados, pero la novedad está en los primeros que cito.

De telas para adornos renuncio á ocuparme, porque mi revista sería interminable; pero en raya menuda, en telas bordadas y en tejidos con cristal he visto maravillas: como adorno de los abrigos, aún los más ricos de peluche, la trencilla rizada, y en verdad que al leer esta recomendación, nadie se figura el efecto maravilloso de este adorno: es un galon ancho, cubierto de cabos de trencilla, rizados á fuego, y con las puntas cortas y sueltas, que al unirse en caprichosa confusión, dan un resultado tan fino como el de la pluma.

No me queda espacio para ocuparme de hechuras, que algunas podría describir para aprovechar las caprichosas telas admiradas en casa de Aguado, pero prefiero dejarlo para mi próxima revista, tratando el asunto con la detención que se merece; diré, así como rasgos generales de la moda, que las listas anchas, combinadas con las estrechas, harán trajes muy nuevos; y los cuadros y listas escocesas con las faldas lisas serán muy estimados, renaciendo con estos estilos la túnica Princesa, á que se muestra otra vez algo inclinada la moda. En mi próxima revista, en fin, entraré en minuciosos detalles respecto á hechuras y som-



7 Linaua de franela



8 Linaua de piqué





reproduction interdite.

Imp. Sallé et Chérol.

Nº 349 - 34

EL CORREO DE LA MODA  
*Periodico ilustrado para las Señoras*  
 Calle Doctor Fourquet, 7 Madrid.

Ayuntamiento de Madrid







y una barra 3 puntos más allá. 2.<sup>a</sup> vuelta: 3 puntos de cadeneta, 2 barras en el mismo punto y en cada calado de la vuelta anterior, separadas á su vez por otros 3 puntos. La última vuelta se compone de 3 picots unidos en trefle, por cuya vuelta se unen las estrellas entre sí.

Esta labor está tan clara en el grabado, que no necesita

la menor explicación, así las estrellas como las vueltas que la completan á cada orilla.

#### 5. TIRA BORDADA Á LA CRUZ.

Está hecha en paño picado ya á propósito para poder trabajar en él como en cañamazo: nuestro trabajo está ejecutado en seda y lanas de colores; la primera, de Argel, forma el cuadrado del fondo, y la lana gruesa de Smirna, el dibujo de realce.



10 Capucha de muleton  
sillas ó almohadones

#### 7. ENAGUA DE FRANELA.

Está hecha en dos colores, celeste y granate, con volante bordado sobre azul con granate y marino.



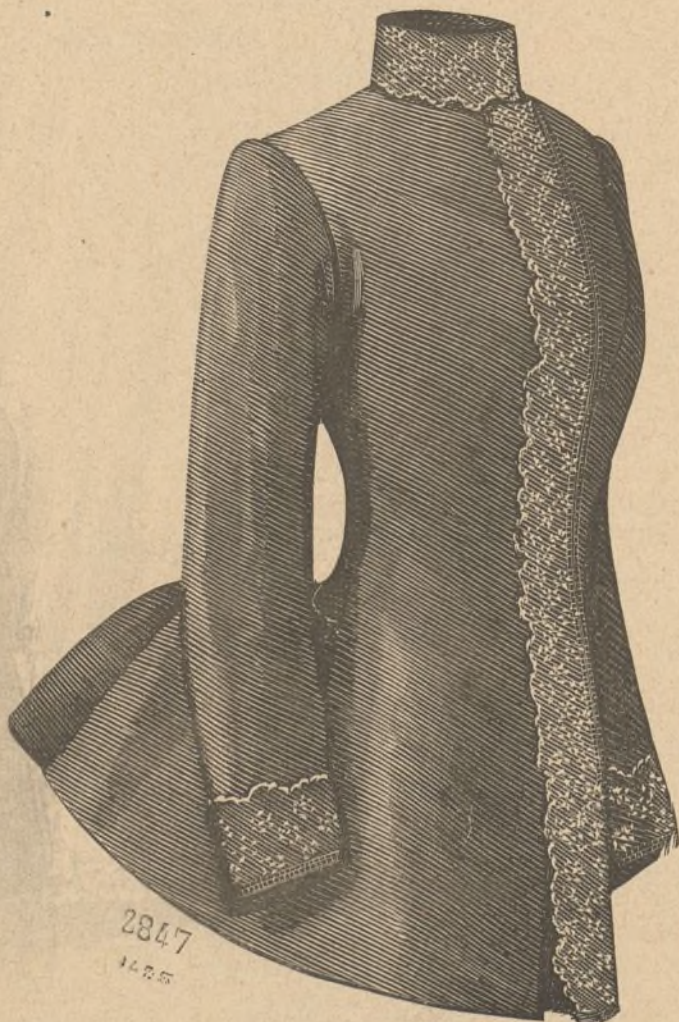
14 Botina froufrou

#### 8. ENAGUA DE PIQUÉ.

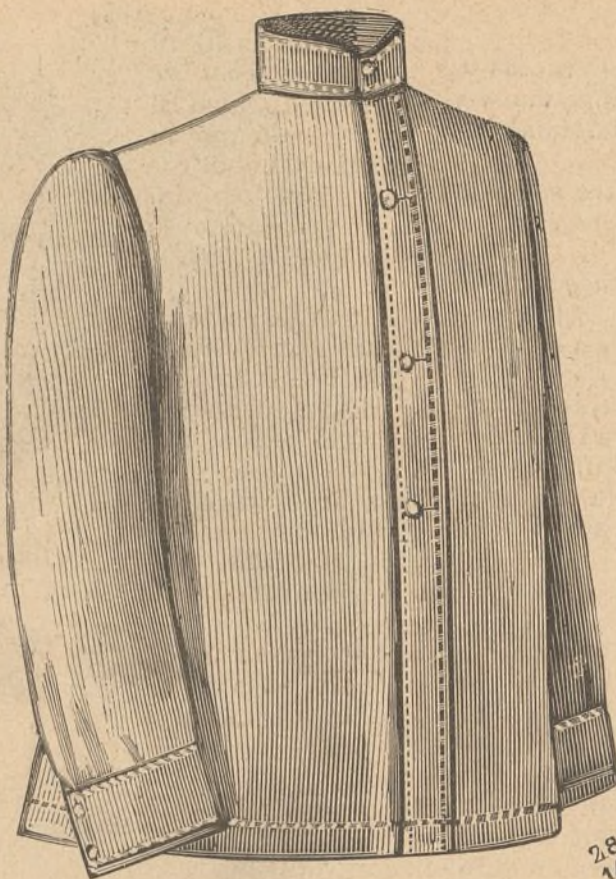
No lleva más adorno que un feston por abajo, recomendándose por su gran abrigo.

#### 9. MATINÉ DE FRANELA.

Es una prenda de gran comodidad para la salida



17 Matinée de franela



9 Matinée de franela

#### 6. RAMO BORDADO EN PAÑO,

Después de reproducir el dibujo sobre el paño, ejecútase el bordado á punto de Bolonia, punto de contorno y punto de tallo: puede emplearse para



12 Cubre-bota

de crespon y adornado de lazos del mismo.

#### 23 Y 24. TRAJE PARA NIÑA.

Está hecho en faya azul pálido, terciopelo azul oscuro y encaje crudo, presen-



13 Bota para diario



11 Capucha de franela

tándolos nuestros modelos por delante y por la espalda; la falda plegada, el cuerpo chaqueta con plastón en forma de V, de terciopelo, como el cuello y cinturón, completándole una drapea de encaje



15 Botina duquesa

que nace del escote: se recoge en paniers y se drapea por detrás.



16 Pantufla de raso

es color granate con vivo crema al rededor y gran lazo de este color en la parte superior de la cabeza que adorna un plegado.

#### 12 Á 16. CALZADO DE NOVEDAD.

12. *Cubre bota.*—Es una bota ouateada de raso negro con forro azul y guarnición de astrakan, que se pone sobre la botita de raso para subir al carruaje.

13. *Bota para diario.*—Está cosida á la americana, en mate, con ganchos, para abrocharla por delante.

14. *Botina froufrou.*—Tiene la punta de charol y el resto de la bota de satén.

15. *Botina duquesa.*—Es de mate y charol adornada de pasamanerías.

16. *Pantufla de raso.*—Tiene una vuelta de franela blanca bordada de cristal, completándola un lazo sobre la pala.

#### 17. MATINÉ DE FRANELA.

Es de color nítida, con linda tira azul marina, bordada de encarnado, cuyo adorno se repite en el cuello y mangas.

#### 18. MATINÉ DE FRANELA.

Es de tres colores; celeste, crema y granate; estos últimos combinados para los adornos: grandes botones fantasía en las solapas.

#### 19 Y 20. CUERPOS PLEGADOS DE MULETON.

(Patron en este número).

El primero, con tablas en el pecho y espalda, va sujeto por un cinturón, adornándolo le guarnición bordada en el cuello y mangas.

El segundo, por el mismo estilo, presenta la diferencia de ir montado en canesú.

#### 21. CAPOTA PARA LUTO.

Toda hecha de crespon inglés, lleva el fondo plegado, con ala abierta, y gran lazo y bridas del mismo crespon.

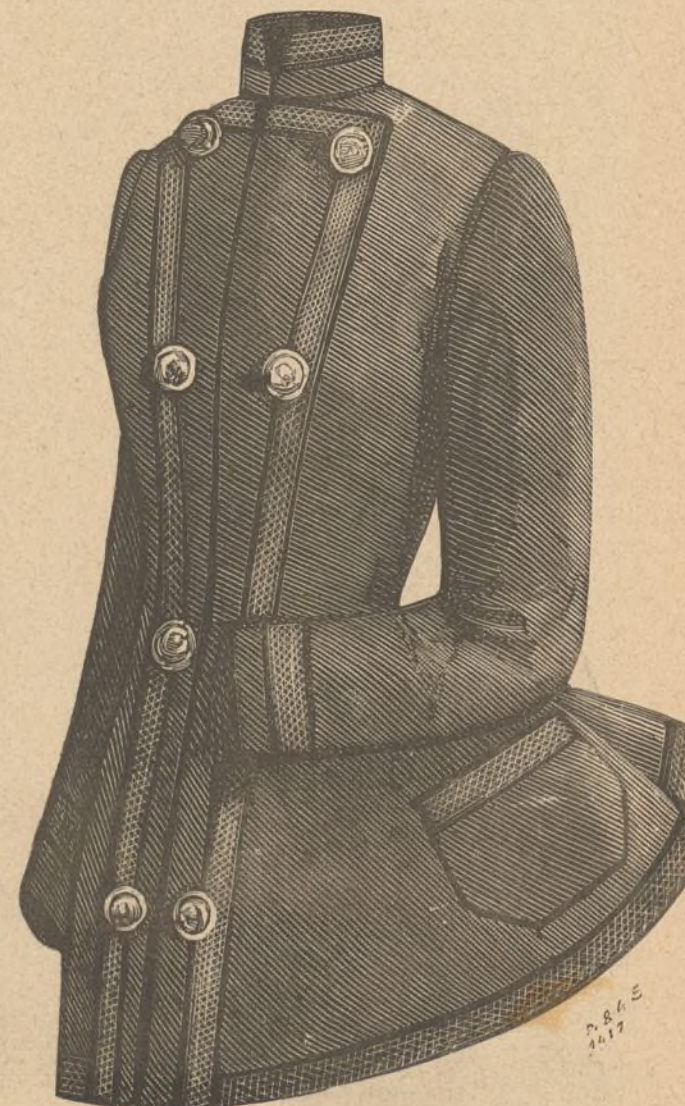
#### 22. Sombrero Luis XI.

Sirve igualmente para luto, su forma es redonda, cubierto

de crespon y adornado de lazos del mismo.

#### 23 Y 24. TRAJE PARA NIÑA.

Está hecho en faya azul pálido, terciopelo azul oscuro y encaje crudo, presen-



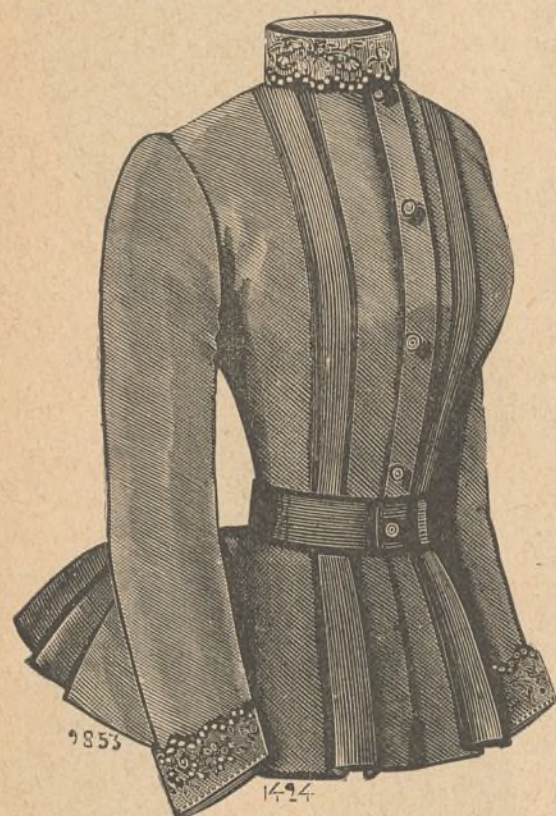
18 Matinée de franela



## 25 A 27. ABRIGOS PARA DIARIO.

25. *Abrijo para niña*.—Es de limosina rayada, los delanteros rectos y cubiertos de una manga á lo religiosa, que sale del costadillo y vuelve ligeramente hacia dentro: gran tabla por detrás desde el talle. Sombrero de fieltro con lazos y pluma.

26. *Paletot de viñoña*.—Es de la misma hechura, propio para señora, y tan largo, que cubre por completo el traje. Sombrero de terciopelo negro con grupo de plumas.



19 Cuerpo de muleton (Patron en este número)

27. *Paletot de sarga cachucha*.—Es una lana ligera impermeable, los delanteros van abotonados hasta abajo y la espalda, que marca bien el talle, forma pliegues en la falda, completándose con una esclavina que forma la manga. Sombrero de fieltro núa con pluma igual.

## 28 Y 29. TRAJES PARA SALON.

28. *Vestido de foulard*.—Faldaredonda, de foulard liso, con encaje al borde sobre un plissé, y túnica estampada de foulard, guarnecida del mismo encaje y drapeada con lazos de raso. Cuerpo-chaqueta de faya del color de la flor, abierta sobre bullon de foulard y sujeta con una pata en el talle; mangas estrechas, abiertas de la sangría, sobre bullon de foulard con lazo: puños de encaje y lazos de raso en el cuello y al-

detas de la chaqueta.

29. *Vestido de raso y terciopelo*.—Dos bullones de raso gris sobre un encaje blanco forman la parte de adelante de la falda, que se completa con gran cola de raso. Cuerpo de terciopelo rubí, escotado, adornado de encajes, y manga corta de bullon de raso gris con lazos de su color.

## 30 Y 31. ABRIGOS PARA VIAJE.

30. *Abrijo de paño sarga*.—Es un largo paletot cerrado con botones hasta abajo, y la espalda formada de cuatro piezas, se continúa en pliegues desde el talle, completándole una pequeña capucha. Sombrero de crespon negro bordado de cristal.

31. *Abrijo de astrakan*.—Es un bouclé fino y grueso de gran novedad: la forma del abrigo es como el del anterior, con manga visita adornada de terciopelo núa como el plaston y el cuello vuelto, adornados de cuentas grises como el astrakan. Capota de fieltro con lazos de terciopelo negro.

J. BALMASEDA.



25 Vestido para niña

26 Paletot de viñoña

27 Paletot de sarga cachucha

2776



21 Capota para luto

## CORTE Y CONFECCION.

Segun la nomenclatura francesa, recibe el nombre de *gran pardessus* toda prenda que no lleva costuras á través del talle, es decir, que no se halle cortada por la cintura y que las piezas sean de un solo pedazo.

El pardessus puede, á semejanza de otras prendas que llevamos explicadas, llevarse como traje ajustado al cuerpo, ó bien como *sobretudo* para poderle usar encima del vestido. Por tal circunstancia, y aun cuando se trazase con medidas justas, habria que suponer un aumento de dos centímetros más sobre los anchos; no así los largos, que deberán asimilarse á las cifras tomadas sobre el cuerpo de la mujer.

En uno y otro caso, la forma del abrigo necesita la amplitud inferior de la falda, así como tambien de las caderas, para evitar esos frecuentes pliegues horizontales que se presentan sobre el talle. Dichos aumentos, que deben considerarse como un suplemento procedente de la forma, ó bien de la diferencia en el corte del vestido, son casi siempre indeterminados y se consideran de varios modos, tomando por base, unas veces el capricho de la mujer, otras por requerirlo la moda, y otras, en fin, por la inspiración del gusto en el artista. Generalmente, esta cualidad instintiva es la que determina mejor el carácter del abrigo, puesto que, aun concediendo que dicha amplitud sea puramente arbitraria, y aun cuando la moda en este punto pueda exigir excentricidades, hay, sin embargo, cierta conexión entre las diferentes piezas que le componen; cierta relación que el buen gusto recomienda y que en vano se trataría de destruir.

El tecnicismo del arte usado hasta la fecha reconoce siempre las formas de los abrigos, por más que las casas de confección que les crean los adulteren con el de *Rosita* y otros nombres análogos. Su clasificación abraza tres clases, á saber:

Pardessus ajustado de tres piezas.

Idem en forma saco.

Idem semiajustado con ó sin tablas.

Todos toman por base el envolvimiento real del *cuerpo tipo*, hasta que de un abrigo estrecho le vamos conduciendo en forma de visita, talma ó manteleta. Por ejemplo: si al trazado general del modelo fig. 27, se le entalla por medio de una fuerte pinza en el delantero, y despues se le añaden tres grandes tablas en la parte inferior de la espalda, tendremos un paletot de tres piezas, muy parecido al modelo de una bata sin cola. Creo, pues, ocioso advertir, que tanto el cuerpo precedente como el de las figuras 22, 23 y 24, ofrecen el mismo resultado, por más que el ancho de las telas obligue á completar el vuelo del delantero con una pieza cortada al hilo de la tela á



23 y 24 Vestidos para niña



2781

Vestido de foulard

28 y 29 TRAJES PARA SALON

29 Vestido de raso terciopelo

semejanza del modelo 27 anteriormente señalado.

Si pareciéndonos desagradable la manga ajustada, verdadera hechura destinada al pardessus, quisiéramos suprimirla para reemplazarla con una manga de frate igual á la figura 27, ó bien con las esclavinas de las 23 y 24, ésta seria ya una forma de convencion, tanto ó más admisible que la anterior. Los delanteros, en todo caso, tomarian la forma de sotana por el lado de las sisas; y la parte superior de las espaldas suprimirian su encuentro para cortarlas con el patron de un *paletot visita*. Esta es, sin duda alguna, la cualidad más atendida en el trazado de este género de prendas; pues su buen estilo, su efecto

y su elegancia

consisten principalmente en

equilibrar el tamaño del

abrigo con las dimensiones

del vestido.

No ignoramos

que estas variaciones, des-

pues de ser cos-

tasas, se pueden considerar

como ideales ó

hijas de la inspiración mo-

mentánea de la

moda, ni que sea imposible

poner dique á

sus caprichos; puede, á nues-



2835

## 22 Sombrero Luis XI

tro modo de ver, sujetar los cambios á una teoría racional, casi siempre segura y acertada. Mas comprendiendo que la referida inspiración guarda, en la mayor parte de los casos, cierta armonía con otras prendas menos prolongadas, la que corta puede establecer un cálculo, que podria seguir interin la forma se hallase dentro de las modas del día.

Mostrar estas teorías en todas sus facetas para que, siguiendo el punto de partida, sea completamente práctico el trazado, no ofrece nin-

guna dificultad: tómese uno de los patrones cortados que hemos publicado, y determinense los largos y anchos con arreglo á las medidas descubriendo el todo por la medida de sus partes; así encontraremos el medio único de conocer los patrones por sus líneas trigonométricas trazadas en las *Hojas Suplemento*.

C. HERNANDO.

## LA GITANILLA.

—¿Qué frío hace decía Ricardo, el niño mayor de un rico hacendado de Ocaña, tirando sobre un sofá sus libros de estudio. Lo que es por hoy no bajo á la huerta ni al corral; ¿es verdad que tú tampoco quieres bajar? añadió dirigiéndose á Enrique, su hermano menor.

Este, lejos de mostrar deseo de ir á la huerta, escondias sus manos entre el mantón de su madre, y hasta hubiera llorado de buena gana, á no persuadirle ésta de que era una vergüenza llorar por miedo al frío.

—Si estuvieras en Rusia, decía la buena señora, verías cómo no lloran las gentes, á pesar de que el invierno es allí tan crudo, que con frecuencia ite-

nen que frotarse la nariz y las manos con nieve para que no se les hielen.

—¿Y no lloran los niños en ese país, mamá?

—No por cierto, y si lo hicieran, sus lágrimas caerian heladas como hilos de plata por sus mejillas; por eso no lloran, y se están con sus madres junto al hogar.

Esto era lo que ambos niños pensaban hacer. En breve llegó Clara, la mayor de los tres, del colegio, y su madre se felicitó de ver en torno suyo su familia reunida.

Catalina, la antigua criada de la casa, refunfuñando porque Ricardo y Clara no habian dejado en el portalon sus zapatos gordos llenos de nieve, los recogió, preparó la mesa, y en breve colocó en su centro una cazuela de sustanciosa sopa, que exhalaba un olorillo capaz de resucitar á un muerto. Enrique fué el encargado de ir á avisar á su padre, que repasaba en su despacho las cuentas de los frutos llevados al mercado de Madrid, y al punto, instalados todos en rededor de la mesa, y á muy poca distancia Catalina con el plato más hondo que encontró, dió principio la comida, que como de costumbre, fué abundante y bien sazonada.

Despues de servir á todo el mundo, la excelente madre reunió los restos en una cazuela, diciendo:

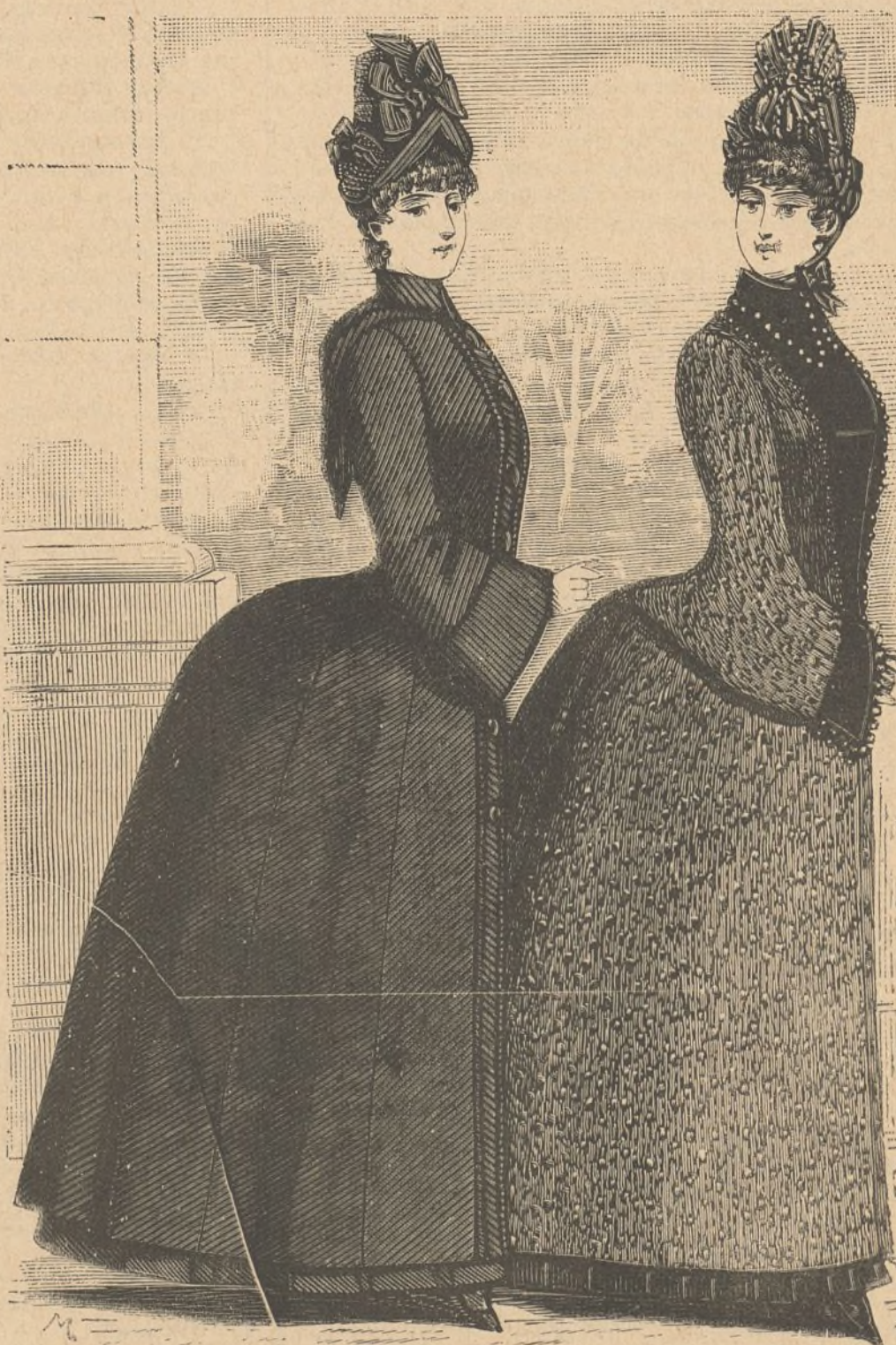
—¿A algún pobre le vendrá bien!

De esa manera, dijo entre dientes Catalina, no hay modo de tener nunca los cacharros limpios. Lo que es hoy, ni aun los más necesitados saldrán de su casa.

La señora Isabel, que así se llamaba el ama, no hizo caso de las palabras de su anciana sirviente, que en honor de la verdad, no tenía tan mal corazón como queria aparentar, y colocó al fuego la comida que acababa de reunir.

Clara, que miraba por los cristales de una ventana que daba á la calle, exclamó de repente:

—¡Dios mío! ¡Va descalza sobre la nieve!



2832

30 y 31 ABRIGOS PARA VIAJE

30 Abrijo de paño sarga

31 Abrijo de astrakan



En efecto, una niña de unos ocho años, excesivamente morena, pasaba por la calle, dirigiendo á uno y otro lado miradas furtivas. Como Clara acababa de decir, iba descalza, y todo su traje se componía de una saya muy destrozada de percal, con volantes al canto, y un pañuelo encarnado, atado á la cintura: sus cabellos mal recogidos, pero de un negro que envidiaria el azabache, caían desgredados en torno de su rostro.

—Esa niña es forastera, dijo la señora Isabel corriendo á la ventana, pero parece muy pobre. Llamadla, y le daremos de comer.

Todos los niños, que vieron en esto cumplido su deseo, abrieron la ventana, llamando á la niña en coro, y su padre replicó:

—Cerrad esa ventana; está entrando un frío espantoso. ¿Y á qué llamarla? Dadle algunos cuartos, y que se vaya con Dios.

Leon de Molina, el hacendado más rico de Ocaña, era un hombre de muy buen corazón, que nunca rehusaba dar limosna al pobre; pero que no sabía dar á su caridad la dulzura angelical de su piadosa mujer, don celestial que solo otorga el Señor á las almas privilegiadas. Así, pues, dando tanto como ella, y con tan buena voluntad, si encontraba alguna gratitud, no recogía tantas bendiciones.

Los pobres ambulantes excitaban menos que otros su compasión, y aun solía decir, que no daba crédito á sus males; pero no obstante, no se opuso á la indicación de su mujer, y salió de la cocina á tiempo que sus hijos entraban con la mendiga.

El frío la estremecía de tal modo que apenas podía andar, y se quedó en el dintel de la puerta inmóvil, muda, espantada. Los niños en torno suyo la asediaban á preguntas, hasta que su madre exclamó:

—Vamos, dejadla; id á jugar á otra pieza..... y tú, pobre niña, ven, siéntate aquí.

Colocó á la niña cerca del hogar, la puso delante la sopa bien caliente, que debía fortalecer sus miembros, y la mendiga comenzó á comer y beber con ansia salvaje, quedándose más tranquila cuando hubo terminado su ración.

—¿Cómo te llamas? le preguntó la señora Isabel.

—Consuelo.

La pobre mujer se estremeció ligeramente, y todos los niños fijaron en ella sus miradas, recordando lo que hacía poco habían perdido una hermanita que se llamaba así, y á quien su madre lloraba siempre en silencio.

Gran diferencia había entre aquella negra y salvaje gitana y la niña blanca y sonrosada que dormía en su nicho, siempre adornado de flores; pero el nombre había despertado en el corazón de la madre todo su dolor, todo su cariño.

Acostumbrada á disimular su pesar, continuó:

—¿De dónde vienes?

—Desde Sevilla, de pueblo en pueblo.

—¿Con quien?

—Con mi padre y mi madre.

—¿Y adónde están?

Mi padre se ha quedado fuera del pueblo, y mi madre y yo hemos entrado á vender collares y medallas: ella se entró en una casa, me cansé de aguardar, comencé á pasearme y luego no he podido dar con ella.

En este tiempo los niños, á fin de distraerla, fueron á buscar juguetes, trayendo Ricardo un caballo de máquina, en el que comenzó á galopar, excitando tal asombro en Consuelo, que bruscamente exclamó:

—¿Cómo corre, y no es de carne como los otros?

Después Clara trajo su muñeca, Enrique un libro con estampas, Ricardo un arlequín..... Al principio la niña lanzó ávidas miradas sobre todos aquellos juguetes nuevos para ella, pero luego volvió sus ojos á la puerta, pronta sin duda á lanzarse por ella, como un gato montés, cuando la señora Isabel llamó su atención dándole un pedazo de pan con miel, y Clara le cedió su muñeca, mientras Catalina, dando rápidas vueltas al huso, refunfuñaba:

—¿No sé á qué conduce admitir en casa á estas gentes?

—¿Dónde vivís, exclamó la señora Isabel.

—En el campo.

—¿Y no os heláis en estas noches de invierno?

—Mi hermano se heló, dijo la muchacha, tomando las frases al pie de la letra: una noche se salió de la manta y amaneció muerto.

Los niños escucharon aquello con horror, y Clara murmuró:

—¿No tienes zapatos?

—Sí, tengo unos encarnados, pero no me los pongo más que al entrar en las grandes ciudades. Para andar mucho no me sirven.

—¿Dónde está tu hermano el que murió? dijo la bondadosa madre.

—En Santa Cruz de Mudela, entre un montón de arena.

—No, mujer, no sabes que los niños que se mueren se van al cielo? dijo Ricardo.

—¿Sabes rezar? preguntó la señora Isabel.

Consuelo sacó un rosario y comenzó á rezar la Salve como un papagayo.

—¿Quién es la Virgen María, á quien diriges tu oración? dijo la señora Isabel.

—Aquella señora de vestido azul y corona de plata que hay en la iglesia, repuso la muchacha sin titubear.

A pocas preguntas pudo convencerse la honrada mujer de que la instrucción religiosa de Consuelo es-

taba tan descuidada como sus ropas, y se preguntó si debía volver aquella niña á sus padres ó Dios se la enviaba para que ella iluminase su corazón y su inteligencia. En breve llegó la noche: los niños pensaban ya en recogerse, y la señora Isabel dijo á Catalina:

—Es preciso disponer cama á esta niña.

—¿Cama! No faltaba más. Es esto posada para albergar á semejantes vagabundos? Qué vaya á buscar á sus padres, y..... no temáis, esas gentes no se pierden nunca!

La señora Isabel dejó gruñir á su criada, arregló por sí misma con mantas en el portalón una cama abrigada, desnudó á la niña, dominando la repugnancia que la causaban sus ropas, y la dejó en el lecho, después de haberla mudado con una camisa de Clara.

Cuando los niños vieron volver á su madre, exclamaron á una vez:

—¿Que no se vaya, que no se vaya!

La piadosa madre contempló á sus hijos comovida, y nada respondió á su petición, porque sabía la responsabilidad que para con Dios y el mundo tiene el que se hace cargo de un niño. En este instante entró D. Leon de la calle, sus hijos le rodearon con cariño, le hicieron mil preguntas, le refirieron todo lo ocurrido con la niña vagabunda, y por último se la mostraron dormida en el improvisado lecho.

—No veo inconveniente en que esa pobre chica pase aquí la noche, dijo don Leon, pero mañana será fuerza buscar á sus padres.

—¡Ay! papá, que se quede en casa, dijeron los niños.

—¿Estáis en vuestro juicio? exclamó mal humorado el padre. ¿No sabéis lo que decís!

Su mujer nada dijo: ayudada por Catalina dispuso la cena, después de la que Clara leía siempre el Evangelio del día. Tocaba en aquel el capítulo diez y ocho de San Mateo, y entre otros versículos, leyó la niña los siguientes:

*Y llamando Jesús á un niño le puso en medio de ellos.*

*El que reciba á un niño en mi nombre, me recibe á mí.*

*Mirad que no despreciéis á ninguno de estos pequeños, porque os digo que estos ángeles ven continuamente en los cielos el rostro de mi Padre.*

Cuando sus hijos estuvieron acostados, Isabel dijo tímidamente á su marido:

—¿Qué trabajo me cuesta echar de casa á esa niña!

—Lo creo, replicó aquél, pero ya ves que no hemos de tener esa criatura salvaje entre nuestros hijos.

—Yo cuidaré de todos, añadió con tono suplicante Isabel, y al menos hasta que acabe el invierno.

No lo pienses. Yo daré lo necesario para que la cuiden en cualquiera casa del pueblo, pero en la nuestra, nunca!

—Como quieras, dijo aquélla resignada, pero no sé porqué se me ha puesto en la cabeza que Dios me enviaba esa niña..... y además se llama Consuelo!

Ambos callaron, pero al dejar la cocina, contemplaron conmovidos á la niña dormida en el portal.

Al día siguiente la gitanilla despertó entre las caricias de los otros niños, y la señora Isabel la vistió con ropa de Clara, aunque usada, limpia, haciéndola almorzar, como á los demás niños, un tazón de sopas de leche. Después la cariñosa madre se puso á lavar y peinar á sus hijos, y cuando hubo terminado, se dispuso á hacer lo mismo con la pobre recogida, lo que hizo murmurar á Catalina:

—¿Vais á desenredar ese felpudo? ¿Trabajo os mando!

Y en verdad que no se engañaba Catalina: jamás el peine había entrado en aquella cabellera de ébano, que por primera vez se vió alisada y bien prendida, dando otra expresión á la adusta fisonomía de Consuelo. En este instante D. Leon entró, como todas las mañanas, á despedir á sus hijos cuando iban á la escuela, y quedó agradablemente sorprendido del cambio que había sufrido la gitanilla, lo que observado por su mujer, dió gracias á Dios, rogando en silencio que acabase de conmover el alma de su marido.

De repente Consuelo dió un grito, y corrió á esconderse en un rincón del cuarto, mientras las miradas de todos se clavaban en la puerta, en la que había aparecido una mujer alta, bronceada, y tan mal vestida como Consuelo la víspera, aunque muy recargada de collares y medallas. Al pronto pareció no reconocer á Consuelo en su nuevo traje, pero después se lanzó á ella con palabras y ademanes descompuestos, lo que hizo exclamar á la señora Isabel con dignidad:

—¿Dejad á esa niña! ¿Por qué la habeis abandonado?

—Ella fué quien se separó de mí.

—¿Y por qué no la buscásteis ayer?

—Yo ni me hubiera cuidado de ella, pero él me ha pegado al verme volver sin la chica.

—¿No es hija vuestra? replicó D. Leon.

—No, señor, murmuró Consuelo, no soy hija más que de mi padre.

—Vamos, dijo la madrastra arrastrándola con violencia.

—La niña lanzó un grito de terror, pintóse también éste en el rostro de Isabel, y su marido entonces exclamó:

—Dejad esa niña: nosotros la recogemos.

Una mirada reconocida de su mujer, y los gritos de aprobación de los niños, fueron su inmediata recompensa.



32 á 34 Espaldas de las figuras 1 á 3

—Yo, por mí, replicó la gitana, me es igual.... pero él no querrá.

—Decidle que venga á verse conmigo.

—No consentiré entrar en el pueblo.

Entonces el buen padre, que algunas horas antes se oponía á la permanencia en su casa de la gitanilla, se encaminó fuera del pueblo en busca del gitano, y obtuvo de él permiso para quedarse con su hija. Al anoecer el gitano se presentó en casa de los protectores de Consuelo, y viéndolo á ésta entre toda la familia, exclamó dirigiéndose á Isabel:

—Dios os bendiga, caritativa señora, que quereis preservar á mi hija del hambre y del frío, y os dé en ella una hija.

Después habló á la niña en un lenguaje extraño que ninguno entendió, y padre é hija se despidieron con lágrimas en los ojos, porque aun entre los salvajes la separación es muy amarga.

Por fin el gitano partió: todos quedaron silenciosos, y solo Isabel, levantando sus ojos al cielo, murmuró desde el fondo del corazón:

—Dios misericordioso, vos que amais á las ovejas descarriadas, vos que habeis conducido hasta nuestro mismo hogar esta niña infeliz, haced que encuentre en él ejemplos de virtud, y que unos á otros nos sostengamos para avanzar por la estrecha senda que conduce al cielo.

Después de estas palabras, Isabel besó á la niña en la frente, su marido la bendijo, sus hijos la abrazaron, siendo desde aquel momento recibida por todos como hija y hermana.

No pasó mucho tiempo sin que la niña abandonara su rusticidad, encontrándose suelta y desembarazada en su nueva vida, y mostrándose en el seno de la familia viva y alegre.

Al momento se la puso con Clara al colegio, pero la lectura y las labores interesaban poco su ánimo; las aprendía difícilmente, siendo por el contrario de rápida comprensión para cuanto concernía al gobierno de la casa. Estas disposiciones domésticas fueron tan palpables, que hasta la misma Catalina, que la llamaba siempre el *gato montés*, había cedido en su encono, murmurando solo de vez en cuando:

—Estos vagabundos no quieren más que su vida errante: el día menos pensado desaparecerá.

Los niños estaban cada vez más contentos de poseer á Consuelo, sobre todo cuando se trataba de jugar y correr, porque así como ésta era la más atrasada en punto á estudios, era la que más avanzaba en fuerza y agilidad para trepar á los árboles, ó llevar un aro á la carrera, costando grande trabajo que no se quitara los zapatos para correr mejor. Su intimidad particular era con el pequeño Enrique, que gracias á ella, que le tomaba en brazos si se cansaba, no se veía condenado á quedarse en casa mientras sus otros hermanos salían al campo ó á las eras.

—Aquí no hay bosque, solía decir Consuelo, cuando recorría los alrededores del pueblo.

—Le hay á una legua de aquí, dijo un día su protector. Ahora que viene la primavera, os llevaré un día á buscar moras.

Desde este instante Consuelo soñó con la promesa, y cuando se fijó el día de realizarla, Ricardo hizo los mismos preparativos que para un viaje; él y su hermana convidaron á otros niños del pueblo, y á Catalina, por ocupaciones de su amo, se le rogó que acompañase á los niños, lo que hizo exclamar á la adusta anciana:

—¡Ay, no señor! No estoy yo de humor de ir hasta el bosque, después de trabajar en casa como una negra.





Y como le dijese que le serviría de recreo, replicó: —Una mujer cristiana como yo, tiene recreo de sobra en ir á misa y al sermón los días festivos.

No hubo medio de convencerla, y un mozo de la labranza fué el encargado de servir de conductor á los niños.

Se les dió una abundante merienda, y se les despachó, encargándoles el pronto regreso. Cuando penetraron en el bosque Consuelo se transformó, principió á correr con el desenfreno de una fiera á quien sueltan de su encierro, y con su traje de color de rosa, su tez morena, su sombrero de anchas alas, parecía la verdadera representación de la hija de los valles.

Cogió un grillo, que se convino en guardar en una de las tarteras de las viandas, siendo por lo tanto preciso desocuparla, lo que despertó el general apetito, dándose principio á la merienda, y haciendo Clara los honores á sus convidados. Terminada esta, se acordó que el objeto de la merienda había sido coger moras, dispersándose la alegre turba, y la primera, como era natural, Consuelo.

Cuando el criado se cansó de aguardar, y ya la noche se aproximaba, comenzó á dar tales gritos para reunir á su infantil escuadrón, que Ricardo llegó muy azorado diciendo:

—¿Qué te pasa?  
—Te ha mordido algún lobo? replicó Clara.  
—No por cierto, respondió aquél tranquilizándose, pero ya es hora de volver á casa. ¿Y las moras?  
—Toma, replicaron los niños, reuniéndolas todas en una cesta.  
—¿Y quién llevará entonces la tartera con el grillo?

—Consuelo, que es la más valiente.  
—Sí, sí, Consuelo.  
Todos buscaron á Consuelo, y Consuelo no se hallaba entre sus compañeros.

El criado la llamó con toda la fuerza de sus pulmones, Ricardo tocó su corneta..... todo en vano. La niña no respondió. Unos quisieron ir en su busca, otros propusieron esperarla, y el criado dijo, que lo más acertado era volver á casa, y que un mozo, más acostumbrado á recorrer el bosque, volvería en busca de la niña perdida.

Este dictamen se aprobó por todos, y haciendo mil conjeturas sobre la desaparición de la niña, emprendieron todos el camino, poseídos de hondo pesar. Noche oscura era ya, cuando Ricardo y Clara penetraron en su casa, refiriendo muy afligidos á su mamá lo que acababa de sucederles.

—¿Si era preciso! exclamó Catalina con su tono gruñón; esas gentes acaban por portarse así.  
—¡Siempre tienen mal resultado los caprichos de los niños! exclamó D. Leon con énfasis: es preciso que alguien vaya en su busca; no es cosa de dejarla abandonada.

Solamente su mujer, más tranquila que él en esta ocasión, propuso que se dejara el buscarla para el día siguiente, atendiendo á que la niña estaba acostumbrada á dormir en los bosques, y en la presente estación no la produciría ningún mal.

Los niños, que ya soñaban con otra excursión iluminada por hachones, llevaron muy á mal esta sangre fría de su madre, y unos llorando, y otros con gran inquietud por la suerte de Consuelo, acabaron por dormirse. Los mayores los imitaron, y solo la solícita madre fué la única que, sin poder conciliar el sueño, pasó la noche encomendando á Dios á su hija adoptiva, á la que creía más ingrata que torpe.

Por la mañana, cuando se levantó con la aurora á llamar á los criados, vió moverse un bulto á la puerta de la calle, y trémula y agitada exclamó:

—¡Consuelo!  
Precipitándose á ella y estrechando á la niña entre sus brazos: ésta tímida y cortada, murmuró:  
—¿Puedo entrar, madre?  
—Sí, hija mía, ven, vuelve á mis brazos.

Dijo la tierna madre, y como la niña desfallecía de sueño y de cansancio, la llevó á su lecho, la desnudó, y salió de la alcoba dando mil gracias á Dios, que no abandonara á ninguna de sus criaturas. Consuelo tardó en conciliar el sueño, porque sus lágrimas corrían sin cesar; lágrimas de gratitud á su bienhechora.

Cuando los niños despertaron, su primer cuidado fué preguntar por su hermana adoptiva, y al saber su regreso, el júbilo de los tres niños no conoció límites.

—¿Con que no se perdió? decía el pequeño Enrique.

—Sí, pero los ángeles nos la devuelven, replicó su madre.

Ya bien entrado el día, los niños se levantaron, hicieron mil caricias á Consuelo, la preguntaron una y mil veces la causa de su desaparición, á lo que la niña contestó tristemente:

—Os lo diré todo: al verme en un bosque de nuevo, al encontrarme en medio del campo, dueña de mi voluntad, me pareció que ya no me amabais, que de nuevo estaba al lado de mi padre, que veía á nuestra comparsa reunida en torno de la hoguera, que mi suerte era correr de pueblo en pueblo, y correr, corrí tanto, que cuando llegó la noche no supe dónde estaba. En vano os busqué, en vano corrí el bosque de un lado á otro en medio de la noche..... Le abandoné por fin, y llamé en medio del campo á una choza, de la que salió un perro, que creí iba á dar fin de mí, porque ¿no sabéis? un perro mordió á

mi padre una vez, y le hizo sangre, mucha sangre.... Tuve miedo, y me alejé.... Permanecí algunas horas acurrucada junto á un ribazo, y ya cerca de amanecer unos pastores me guiaron á la entrada del pueblo, y me dirigí hasta aquí..... sin atreverme á llamar hasta que me abrieran.

—¿Y crees aún que no te amamos?

—¡No, ya no lo creo; ya no me iré más!

Desde este día Consuelo se unió más á la familia de que parecía formar parte, y la señora Isabel se regocijaba al contemplar su jovialidad y acierto en las ocupaciones domésticas. De vez en cuando la hija de los valles se mostraba en sus aficiones y deseos, pero al punto la razón obraba en ella, y dócil se sometía á las costumbres de los otros niños.

Un día que se habían reunido á jugar varios niños, uno de ellos propuso jugar á los gitanos, exclamando:

—Este juego sí que será bonito. Tú, Consuelo, serás la gitana vieja, te sentarás junto á la hoguera, y asarás los gatos. ¿Verdad que los gitanos comen gatos asados?

La niña no respondió, pero rehusó tomar parte en el juego, y el resto del día lo pasó muy triste: un sentimiento natural de amor propio, de cariño hacía aquello que rodeó su infancia, le hacía sentir que se burlasen de la vida de los gitanos.

—Ya llega pronto Noche-buena, dijo un día Enrique. ¿Nacerá el niño Jesús también para Consuelo, mamá?

—Sí, hijo mío, nace para todos los niños dóciles y buenos.

—¡Noche-buena! murmuró la niña. ¿Qué es Noche buena?

—¡Calla! replicó el niño, tan grandullona y no sabe lo que es Noche-buena.

—Sí, lo sé, dijo la niña un poco cortada; es una fiesta en la que se come una torta dulce, que se llama turron. Una vez me dieron en una casa, donde me dijeron: «Toma y participa tú también de la Noche-buena»

Los tres niños contemplaron con aire compasivo á su pobre hermana adoptiva, que ignoraba lo que ellos ya tenían olvidado, y quisieron explicarle lo que la fiesta significaba, pero su madre se opuso, encargándose ella, que ya la había iniciado en muchos misterios de nuestra santa religión, refiriéndole la vida del Salvador. Entonces supo que el Hijo de Dios quiso nacer niño y pobre para ser amigo de los que lo eran, probando que las riquezas nada valen comparadas con las virtudes del alma; y comprendió que descendió á la tierra para abrir al pecador arrepentido las puertas del cielo.

Por fin llegó aquella fiesta tan codiciada, y muchas horas antes la impaciencia no dejó á los niños ocuparse de sus juegos habituales: entre tanto Consuelo murmuraba para sí:

—¡Mi padre nunca oyó hablar de ese Salvador, ó si oyó hablar, nunca quiso hablarme á mí!

Por fin llegó el momento deseado: la señora Isabel abrió la puerta de un cuarto, que despedía torrentes de luz, y los tres niños se precipitaron en él seguidos de otros niños á quienes habían convidado, y de Consuelo, que avanzaba con una timidez extraña en ella.

Todos celebraron el acierto con que estaba pnesto el Nacimiento. En el centro del peñasco se veía representado por figuras de bulto el nacimiento del Hijo de Dios en el portal de Belén, y otras diseminadas aquí y allí, representaban diferentes episodios de la vida del Salvador, entre los que destacaba el de Jesús, rodeado de niños, teniendo al pie este letrero:

*Dejad á los niños acercarse á mí.*

Ricardo, Clara, Enrique y los otros niños, cantaron villancicos al compás de las zambombas, tambores y rabeles, y rodeando á Catalina, que aunque gozaba en la fiesta, maldecía aquella barandura y ruido que la atronaba. En cuanto á Consuelo, contempló el nacimiento largo rato silenciosa; después dulces lágrimas corrieron de sus ojos, y exclamó:

—Ahora sí que comprendo que el niño Jesús vino al mundo.

—Sí, vino para todos, dijo la virtuosa madre, estrechándola en sus brazos; pero particularmente para los niños desvalidos como tú.

Pasó aquella fiesta, y los niños volvieron á entregarse á sus ocupaciones habituales; pero Consuelo conservó grabado en el alma el recuerdo de la Noche-buena y la imagen de Jesús protegiendo á los niños.

Pasaron años, y los niños dejaron de serlo. Todo el mundo, hasta Catalina, se había acostumbrado á mirar á Consuelo como de la familia, y ésta había cambiado notablemente en costumbres y maneras. Solo su tez morena y sus trenzas de azabache recordaban su origen bohemio. Su actividad, el interés que la casa y la familia le inspiraban, eran cada día mayores.

Ya eran las dos niñas dos hermosas jóvenes que compartían los quehaceres domésticos, cuando la madre de Clara se sintió atacada un día de una enfermedad tan grave, que alarmó con razón á toda la familia. Su marido estaba á la sazón fuera de Ocaña. Ricardo estudiaba en un colegio de Madrid, y solo Enrique y las niñas estaban con su madre.

En este conflicto Clara, como parte más interesada, se consagró al cuidado de la enferma, encargándose Consuelo por completo del pequeño Enrique. No obstante, aunque el lecho de Clara se trasladó

al mismo dormitorio de la enferma, noches había en que al pedir ésta agua en los accesos de su delirio, no era Clara, dormida quizá á la sazón, quien solícita se levantaba á dársela: un bulto se movía á los pies de la cama de la enferma, y una mano agradecida llevaba el vaso á sus labios. La cama de Consuelo no se había movido de su cuarto; pero ella había encontrado medio de deslizarse furtivamente junto al lecho de la enferma.

—¡Oh! ¡Consuelo! ¡hija querida! exclamó Isabel al saber, ya convaleciente, aquellas pruebas de cariño, ¡quién sabe si serás tú el apoyo de un padre á quien hayan dejado sus hijos, y Dios le haya arrebatado su mujer!

Esto fué como un rayo de luz para el alma de la joven: triste era el pensamiento de su madre adoptiva, pero se contaba con ella y se la tenía en algo para el porvenir.

Poco después de estos sucesos, y cuando por causa del calor Ricardo tenía vacaciones, y su padre no tenía que hacer en Madrid, estaba un día toda la familia reunida á la mesa. Consuelo era la reina de aquella pequeña fiesta, merecía elogios de todos por sus cuidados á la enferma, y unos y otros la proclamaban como hija y hermana, cuando de repente llegó hasta ellos un silbido extraño que produjo estupor general é hizo vacilar la taza que Consuelo iba á llevar á sus labios. Un segundo silbido se dejó escuchar, y Consuelo sin ser dueña ya de sí, dejó la mesa y salió precipitadamente á la calle.

—Volverá pronto, dijo Isabel dulcemente, creyendo aquel movimiento de la joven hijo de la curiosidad.

¡Pero Consuelo no volvía! Enrique salió en su busca, volviendo en breve á decir que Consuelo estaba á la entrada del bosque con un anciano tostado y andrajoso, que sin duda debía ser su padre, porque la joven lloraba en sus brazos.

Esta noticia dejó á todos suspensos: ¡el anciano llegaba sin duda en mala ocasión! Catalina, ménos prudente, no pudo ménos de exclamar:

—¡Siempre esa gitana dirá quién es! ¡Si es pecado mortal hacer bien á tales vagabundos! Vereis como ahora nos deja plantados, después que nos hemos esmerado en su educación.

Isabel no pudo disimular una sonrisa: Catalina en verdad nada había puesto de su parte en la educación de Consuelo, como no hubiera sido obligarla á ejercitar la paciencia.

A la caída de la tarde, cuando los hermanos estaban reunidos en el jardín y la bondadosa madre sola en su estancia, Consuelo entró con paso lento, con expresión triste, pero con la marca de la resignación sobre su frente.

—Madre, murmuró con voz trémula, es preciso que me dejeis partir.

—¿Por qué, hija del alma? repuso Isabel sin poder dominar su terror.

—Mi padre está solo en el mundo: su mujer ha muerto.

—¿Y vas á arrostrar de nuevo la vida errante de los gitanos?

—Es preciso, madre mía; Dios, que verá mis sufrimientos, me dará fuerza.

—Ya hablaremos, hija mía; ahora retírate y descansa.

A los pocos instantes Consuelo salía furtivamente de casa de sus protectores con un pequeño lio de ropa en la mano.

Cuando se notó la desaparición de la niña, la familia fué víctima de la más horrible agitación. ¡Todos se habían acostumbrado á verla, todos la amaban!

Esta carta, que se halló en su cuarto, fué su única despedida.

«Queridos padres y hermanos:

«No os debo más que beneficios, y sin embargo, os abandono precisamente en la edad en que podíais seros útil. ¡Perdonadme! Mi padre está solo en el mundo, solo como pocos lo están, y pobre como siempre lo fué. Mucho me amais vosotros, mucho os debo.... pero sois ricos, vivís unidos, y sereis dichosos sin mí.

«Que Dios os recompense lo que yo no puedo recompensaros! Yo os ofrezco no olvidaros nunca ni hacer la menor cosa reprochable á vuestros ojos. Si me encuentro aislada ó en peligro de ofender á Dios, correré á vuestro lado á que me infundais el valor que me falte.

«Entre tanto no me busqueis, y perdonad á vuestra reconocida—Consuelo.»

Isabel pudo apenas acabar esta carta: el llanto la ahogaba.

—¿Y qué hacemos! dijo su marido, que paseaba con agitación.

—Nada: repuso Isabel. Rogar por ella á Dios, y El nos la devolverá algún día!

Diez años después, el padre de aquella numerosa familia bajaba al jardín solo, sin un brazo que le prestase apoyo. Su buena Isabel había muerto hacía algunos años; su hija estaba casada y establecida fuera de Ocaña, y sus hijos concluían su carrera en el extranjero. ¡El vacío reinaba en torno del anciano! Ninguno de sus hijos había trocado su porvenir por el placer de acompañar á su anciano padre, y su soledad le iba siendo á éste cada vez más penosa, á medida que su vista se iba acortando.

La tarde á que nos referimos paseaba el buen hacendado por su jardín, apoyado en su bastón, y en



su mente se confundían mil ideas tristes, mil recuerdos de dolor, que le arrancaban siempre esta dolorosa reflexión:

—¿Cuánto han cambiado los tiempos!

En este instante una mujer alta, esbelta, de veinticinco á treinta años, penetró en el jardín y se adelantó hacia el anciano lentamente. También las impresiones de su rostro demostraban que aquella mujer era en aquel momento víctima de doloresos recuerdos.

Llegó hasta el anciano, que no se había apercibido de su llegada, porque su oído estaba tan torpe como su vista, y arrodillándose ante él, murmuró:

—¿Estais solo al fin, padre mio?

—¿Quién eres?

—¿No me conocéis? ¿No os acordais ya de Consuelo? ¿de la pobre gitana?

—¿Ah! ¡Sí, reconozco tu voz! ¿Eres tú, hija mia? ¿Vuelves por fin al hogar paterno? ¡Ah! ¡Si mi pobre Isabel te viera en este instante! ¡Hasta en la hora de su muerte se acordó de ti!

Por toda respuesta Consuelo se arrojó en los brazos del anciano, y las lágrimas de ambos se confundieron en silencio.

—Vamos, cuéntame qué ha sido de ti en tantos años: ¿vuelves honrada y pura á los brazos de tu protector? ¿Puedes visitar sin sonrojarte la tumba de tu madre?

—Dios sabe, padre mio, que en la vida errante que por espacio de diez años he llevado, he procurado siempre ser digna de vos y seguir los consejos de mi buena madre. Tengo un corazón débil, lleno de defectos, pero si he vuelto aquí es porque todavía la gitana Consuelo puede estrechar en sus brazos á su hermana Clara. Pero ¿y Clara? ¿qué ha sido de Clara? preguntó con visible inquietud.

El anciano entonces le refirió cómo el destino le había separado de todos los que amaba menos de Catalina, más gruñona cada día y más torpe á consecuencia de la edad.

—¿Por qué no has venido á verme alguna vez? murmuró al terminar su relato el anciano.

—Porque no debía; porque no podía dejar á mi padre; éste no permitía dejar su vida errante, y vuestra vista hubiera hecho vacilar mi valor. ¡Hace quince días que mi padre ha muerto! Una señora caritativa que últimamente nos recogió en su casa, quiso tomarme á su servicio, pero yo no tuve tregua ni reposo. ¡Muerto mi padre, yo no podía tener otra morada que la vuestra! ¡Mi mano no debía prestar apoyo más que á vos, padre mio!

—¡Vuelves como el hijo pródigo á la casa paterna! ¡Deja que como aquel padre te reciba con llanto de bendición! Ya no estoy solo, ya me parece ver en torno mio á mi mujer y á mis hijos, pues que te veo á ti y oigo tu voz.

Con el amor de una hija y la sumisión de una esclava Consuelo permaneció en aquella casa, donde aprendió en otro tiempo á amar á Dios y servirle.

Grande fué la sorpresa de Catalina cuando de nuevo se encontró á su lado á la desagradecida gitana, pero fué tal el orden que desde su llegada volvió á reinar en la casa, tanto el descanso que ella encontró con su auxilio, que acabó por reconciliarse con ella como en otro tiempo, y dar gracias á Dios por su regreso.

¿Y Clara y sus hermanos? ¿Tendremos necesidad de decir que colmaron de bendiciones á la que volvía á velar el sueño de un padre que ellos habían abandonado? Ella cuidó los últimos días de aquel venerable anciano; ella le dio los últimos consuelos; ella recibió su último suspiro con su bendición.

Muerto su protector, reclamaron sus solícitos servicios sus hermanos. ¿Dónde hubiera encontrado Clara una segunda madre para sus hijos más que en Consuelo? ¿Dónde Ricardo y Enrique los servicios de una hermana llena de abnegación más que en su antigua compañera de la niñez? Grandes fueron los beneficios que recibió de su mano: ¡ella los pagó siendo el verdadero Consuelo de toda la familia!

Por eso cuando Clara enseña á sus hijos á practicar la caridad, cuando se la recomienda como uno de los primeros deberes del cristiano, acaba siempre con estas consoladoras frases:

«Sed hospitalarios, sed caritativos, porque á veces se socorre á los ángeles y se les da asiento en nuestro hogar.»

A. S.

#### EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Fig. 1.<sup>a</sup> Traje para reunion.—Falda de faya heliotropo, cortada por abajo en almenas, por donde asoman pliegues de un encaje blanco como la túnica, recogida en paniers con cordón de flores á la derecha: lazos de raso entre las almenas y cuerpo de faya escotado, de peto, abrochado por detrás con trencilla y con drapería de encaje en forma de berta, y otra de faya guarneciendo el peto. Cordón de flores que baja desde el hombro á unir con el de la falda: grupo de las mismas en la cabeza y lazos en los hombros.

Fig. 2.<sup>a</sup> Traje para concierto.—Vestido de raso maíz bordado de flores de colores y adornado de terciopelo rubí; la falda con delantal drapeado de raso con quillas de terciopelo, y gran cola cuadrada y ligeramente sostenida en drapeado por arriba: cuerpo de terciopelo de peto, con plastron brochado y cuello de terciopelo Ana de Austria, con mangas plegadas en bullon y abiertas de encima en picos, por donde deja ver otras interiores de raso, terminando la manga brazalete y lazo de terciopelo.

Fig. 3.<sup>a</sup> Traje para niña.—Es de batista blanca bordada, la falda lleva ancho volante pegado á un cuerpo largo á la inglesa, con drapería bordada y recogida por lazo de faya rosa: guarnición bordada al rededor del escote y lazos rosa en el cuerpo, hombros y cabeza. Medias de color de rosa y lazos de igual color en los zapatos.

#### MANUAL DE CULTIVOS AGRÍCOLAS

por D. EUGENIO PLA Y RAVE

Ingeniero de Montes  
Obra declarada de texto para las escuelas por Real orden de 8 de Junio de 1880.

EDICION ESPECIAL PARA LAS ESCUELAS

con un índice-sumario para facilitar la lectura del libro.

Se halla de venta, al precio de 4 rs., en la Administración, Doctor Fourquet, 7, Madrid.

#### LA MUJER SENSATA

POR JOAQUINA BALMASEDA.

Libro útil, de lectura provechosa para las señoritas. — Véndese á 2,50 pesetas en las principales librerías, pudiendo dirigir pedidos á la autora, Espejo, 9 y 11; ó á esta Administración.

La ETERNA BELLEZA de la PIEL obtenida para el empleo de la

## PERFUMERIA ORIZA

de L. LEGRAND, Proveedor de la Corte de Rusia.

BEAUTÉ ET JEUNESSE  
CRÈME-ORIZA  
DE NINON DE LENCLOS  
LEGRAND, PARFUMEUR  
Fournisseur de plusieurs Cours  
207 RUE S<sup>t</sup> HONORÉ, PARIS

Esta CREMA suaviza y blanquea la PIEL y le da la TRANSPARENCIA y la FRESQUERA de la JUVENTUD. Hasta la edad la más adelantada PRESERVA IGUALMENTE el rostro del Bochorno, de las Manchas de Rojez y de las Arrugas.

ORIZA-LACTÉ  
LOCION EMULSIVA  
Blanquea y refresca la piel. Quita las manchas de rojez.

ORIZA-VELOUTÉ  
JABON segun el D<sup>o</sup>. Reveil  
Lo mas suave para la piel.

ESS.-ORIZA  
Perfumes á todos los ramilletes de flores nuevos. Adoptados por la moda.

ORIZA-VELOUTÉ  
PÓLVO DE FLOR DE ARROZ adherente á la piel. Dando el Afelpado del molocoton.

No mas Tinturas progresivas para el pelo blanco.

ORIZINE  
DE JAMES SMITHSON  
Un solo Frasco  
Para devolver enseguida al Cabello y á la Barba el color natural en TODOS LOS Matices

207 rue S<sup>t</sup> HONORÉ, PARIS

CON ESTE LIQUIDO no hay necesidad de ABRIR la CABEZA antes ni despues  
APLICACION FACIL  
Resultado inmediato  
No mancha la piel, ni perjudica la salud.  
En todas las Parfumerías y Peluquerías.

Y EN CASA DE TODOS LOS PERFUMISTAS Y PELUQUEROS

Deposito principal: 207, calle San-Honoré, Paris.

#### DICCIONARIO POPULAR DE LA LENGUA CASTELLANA

por D. FELIPE PICATOSTE

Precio: 5 pesetas

Se vende en la Administración, calle del Doctor Fourquet, núm. 7, Madrid.

#### LA MADRE DE FAMILIA

Obra de texto para la primera enseñanza, y premiada en la Exposición Pedagógica, escrita por Joaquina Balmaseda.

QUINTA EDICION

Véndese á peseta en las principales librerías; dirigiéndose los pedidos á la autora, Espejo, 9 y 11, ó á esta Administración.

Exposition Universelle 1878. Médaille d'Or. Croix de Chevalier

LAS MAS GRANDES RECOMPENSAS

## ACEITE DE QUINA

### E. COUDRAY

PREPARADO ESPECIALMENTE PARA LA HERMOSURA DEL CABELLO

Recomendamos este producto, que las Celebridades medicas consideran, por su principio de Quina, como el REGENERADOR mas poderoso que se conozca.

ARTICULOS RECOMENDADOS:

PERFUMERIA A LA LACTEINA Recomendada por las Celebridades Medicas

GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.

AGUA DIVINA llamada agua de salud.

SE VENDEN EN LA FABRICA: PARIS, 13, rue d'Enghien, 13, PARIS

Deposito en Casa de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de ambas Américas.

#### COMPANIA COLONIAL

Diez y ocho medallas de premio.

Tres primeros premios en Filadelfia

CHOCOLATES, CAFES, TES Y BOMBONES.

Deposito: Mayor, 18 y 20. Sucursal, Montera, 8.—Madrid

Le LAIT MAMILLA

de la PERFUMERIA NINON, rue du 4 Septembre, 31, Paris, acelera el desarrollo de la garganta de las jóvenes y reconstituye el pecho enflaquecido en las mujeres de cualquiera edad. Evitense las numerosas imitaciones y falsificaciones.

La Véritable EAU de Ninon

la que preservó siempre á Ninon de Lenclos de las arrugas y conservó su frescura, lozanía y belleza hasta más de los OCHENTA años, sólo se encuentra en la PERFUMERIA NINON, 31, rue du 4 Septembre, Paris.

El VELLO de NINON

Polve de arroz esencialmente higiénico, recomendado por el sabio Doctor CONSTANTIN JAMES, ilumina la tez dándole una blancura luminosa.

PERFUMERIA NINON  
31, rue du 4 Septembre, Paris.

La SEVE SOURCILLIERE

prolonga, aumenta y pone negras las pestañas y las cejas. Da á la mirada la expresion dulce y viva de la belleza griega. Evitar las imitaciones y falsificaciones. Este producto se encuentra solo en la PERFUMERIA NINON, 31, rue du 4 Septembre, Paris.

Premiados en 20 exposiciones.

## CHOCOLATES DE MATIAS LOPEZ

Premiados en 20 exposiciones.

Oficinas en Madrid, Palma Alta, 8.—Gran fábrica en el Escorial

Cafés, Tés, sopas, Pastillas napolitanas, Bombones finísimos de chocolate y dulces, de los más ricos que se elaboran en Paris. Inmenso y variado surtido de cajas finas á propósito para regalos, bodas y bautizos.

REVISTA POPULAR DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS.—PRECIO: 40 RS. AL AÑO

Dirección y Administración, Doctor Fourquet, 7, Madrid

## LA PATE EPILATOIRE DUSSE

Destruye el vello importuno de la cara de las damas, sin ningún perjuicio para el cutis, ni aún para el mas delicado. 50 Años de Exito, altas recompensas en las Exposiciones y millares de testimonios, garantizan la eficacia de este producto. Para los brazos, empleese el *Pilivore*.

## LA CHARMERESSE LA JABORANDINE

Polvos Refrigerantes, de una composición absolutamente nueva bajo el punto de vista de la higiene, dan á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia, quita las manchas, arrugas y otras imperfecciones.

DUSSE, 1, RUE JEAN-JACQUES ROUSSEAU, PARIS

En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Parfumerías de PASCUAL, FRERA, INGLESA, etc. — En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Parfumerías de LAFONT, etc.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Edicion recibiran el FIGURIN ILUMINADO, y las de 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> el pliego de patrones y dioujos.

Editor-propietario GREGORIO ESTRADA

Tip. de G. Estrada; Doctor Fourquet, 7.

Administración: Doctor Fourquet, 7, Madrid.